

César

# Vallejo

Poemas

humanos

Prólogo de Julieta Valero

Galaxia Gutenberg

César  
Vallejo  
Poemas  
humanos  
Prólogo de Julieta Valero

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de Jordi Doce

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2021

© del prólogo: Julieta Valero, 2021  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: Maria Garcia  
Diseño de colección: Albert Planas  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B 150-2021  
ISBN: 978-84-18218-71-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

## Altura y pelos

¿Quién no tiene su vestido azul?  
¿Quién no almuerza y no toma el tranvía,  
con su cigarrillo contratado y su dolor de bolsillo?  
¡Yo que tan sólo he nacido!  
¡Yo que tan sólo he nacido!

¿Quién no escribe una carta?  
¿Quién no habla de un asunto muy importante,  
muriendo de costumbre y llorando de oído?  
¡Yo que solamente he nacido!  
¡Yo que solamente he nacido!

¿Quién no se llama Carlos o cualquier otra cosa?  
¿Quién al gato no dice gato gato?  
¡Ay, yo que sólo he nacido solamente!  
¡Ay! yo que sólo he nacido solamente!

## Primavera tuberosa

Esta vez, arrastrando briosa sus pobrezaas  
al sesgo de mi pompa delantera,  
coteja su coturno con mi traspíe sin taco,  
la primavera exacta de picotón de buitre.

La perdí en cuanto tela de mis despilfarros,  
juguéla en cuanto pomo de mi aplauso;  
el termómetro puesto, puesto el fin, puesto el gusano,  
contusa mi doblez del otro día,  
aguardéla al arrullo de un grillo fugitivo  
y despedíla ñoso, somático, sufrido.

Veces latentes de astro,  
ocasiones de ser gallina negra,  
entabló la bandida primavera  
con mi chusma de aprietos,  
con mis apocamientos en camisa,  
mi derecho soviético y mi gorra.

Veces la del bocado lauríneo,  
con símbolos, tabaco, mundo y carne,  
deglusión translaticia bajo palio,

al són de los testículos cantores;  
talentoso torrente el de mi suave suavidad,  
rebatible a pedradas, ganable con tan sólo suspirar...  
Flora de estilo, plena,  
citada en fangos de honor por rosas auditivas...  
Respingo, coz, patada sencilla,  
triquiñuela adorada... Cantan... Sudan...

## Salutación angélica

Eslavo con respecto a la palmera,  
alemán de perfil al sol, inglés sin fin,  
francés en cita con los caracoles,  
italiano ex profeso, escandinavo de aire,  
español de pura bestia, tal el cielo  
ensartado en la tierra por los vientos,  
tal el beso del límite en los hombros.

Mas sólo tú demuestras, descendiendo  
o subiendo del pecho, bolchevique,  
tus trazos confundibles,  
tu gesto marital,  
tu cara de padre,  
tus piernas de amado,  
tu cutis por teléfono,  
tu alma perpendicular  
a la mía,  
tus codos de justo  
y un pasaporte en blanco en tu sonrisa.

Obrando por el hombre, en nuestras pausas,  
matando, tú, a lo largo de tu muerte

y a lo ancho de un abrazo salubérrimo,  
vi que cuando comías después, tenías gusto,  
vi que en tus sustantivos creció yerba.

Yo quisiera, por eso,  
tu calor doctrinal, frío y en barras,  
tu añadida manera de mirarnos  
y aquesos tuyos pasos metalúrgicos,  
aquesos tuyos pasos de otra vida.

Y digo, bolchevique, tomando esta flaqueza  
y en su feroz linaje de exhalación terrestre:  
hijo natural del bien y del mal  
y viviendo talvez por vanidad, para que digan,  
me dan tus simultáneas estaturas mucha pena,  
puesto que tú no ignoras en quién se me hace tarde  
diariamente,  
en quién estoy callado y medio tuerto.

## [Los mineros salieron de la mina]

Los mineros salieron de la mina  
remontando sus ruinas venideras,  
fajaron su salud con estampidos  
y, elaborando su función mental,  
cerraron con sus voces  
el socavón, en forma de síntoma profundo.

¡Era de ver sus polvos corrosivos!  
¡Era de oír sus óxidos de altura!  
Cuñas de boca, yunques de boca, aparatos de boca (¡Es  
formidable!)

El orden de sus tómulos,  
sus inducciones plásticas, sus respuestas corales,  
agolpáronse al pie de ígneos percances  
y airente amarillura conocieron los trístidos y tristes,  
imbuidos  
del metal que se acaba, del metaloide pálido y pequeño.

Craneados de labor,  
y calzados de cuero de vizcacha  
calzados de senderos infinitos,

y los ojos de físico llorar,  
creadores de la profundidad,  
saben, a cielo intermitente de escalera,  
bajar mirando para arriba,  
saben subir mirando para abajo.

¡Loor al antiguo juego de su naturaleza,  
a sus insomnes órganos, a su saliva rústica!  
¡Temple, filo y punta, a sus pestañas!  
¡Crezcan la yerba, el liquen y la rana en sus adverbios!  
¡Felpa de hierro a sus nupciales sábanas!  
¡Mujeres hasta abajo, sus mujeres!  
¡Mucha felicidad para los suyos!  
¡Son algo portentoso, los mineros  
remontando sus ruinas venideras,  
elaborando su función mental  
y abriendo con sus voces  
el socavón, en forma de síntoma profundo!  
¡Loor a su naturaleza amarillenta,  
a su linterna mágica,  
a sus cubos y rombos, a sus percances plásticos,  
a sus ojazos de seis nervios ópticos  
y a sus hijos que juegan en la iglesia  
y a sus tácitos padres infantiles!  
¡Salud, oh creadores de la profundidad!... (Es formi-  
dable)

[Fué domingo en las claras  
orejas de mi burro]

Fué domingo en las claras orejas de mi burro,  
de mi burro peruano en el Perú (Perdonen la tristeza).  
Mas hoy ya son las once en mi experiencia personal,  
experiencia de un solo ojo, clavado en pleno pecho,  
de una sola burrada, clavada en pleno pecho,  
de una sola hecatombe, clavada en pleno pecho.

Tal de mi tierra veo los cerros retratados,  
ricos en burros, hijos de burros, padres hoy de vista,  
que tornan ya pintados de creencias,  
cerros horizontales de mis penas.

En su estatua, de espada,  
Voltaire cruza su capa y mira el zócalo,  
pero el sol me penetra y espanta de mis dientes incisi-  
vos  
un número crecido de cuerpos inorgánicos.

Y entonces sueño en una piedra  
verduzca, diecisiete,  
peñasco numeral que he olvidado,

sonidos de años en el rumor de aguja de mi brazo,  
lluvia y sol en Europa, y ¡cómo toso! ¡cómo vivo!  
¡cómo me duele el pelo al columbrar los siglos semanales!  
y cómo, por recodo, mi ciclo microbiano,  
quiero decir mi trémulo, patriótico peinado.